

Mención especial merece el diálogo con la fe judía, por la constante referencia al Antiguo Testamento, del cual se transparenta un profundo conocimiento. De hecho, la referencia inicial para entender a Jesús está en el Pentateuco. “El punto central, del cual hemos partido en este libro y al cual siempre volvemos, es que Moisés hablaba cara a cara con Dios «como habla un hombre con su amigo» (Ex 33,11)” (JdN 309). Además, se sirve –entre otra bibliografía actualizada– del provechoso estudio del judío Neusner: *Un Rabbi habla con Jesús*. El resultado es una visión integral de la Biblia. Los textos del Nuevo Testamento crecen en significado, y la novedad de Jesús se hace más patente en continuidad con la fe hebrea.

El libro carece de notas a pie de página, y ofrece como apéndice un elenco bibliográfico general y otro según los capítulos, de manera de poder profundizar los temas. La editorial, por su parte, ha procurado un práctico glosario que puede ser de gran utilidad para aquellos que tropiecen con alguna que otra palabra extraña.

El autor –con sus ochenta años a cuestas– sigue a fiel al estilo que ha lo ha caracterizado en otros escritos: lenguaje claro, exposición ordenada, rigor académico y sapiencial unción. En ningún mo-

mento el lector siente que pierde el tiempo; las cosas dichas valen la pena y no hay párrafos de más. Por el contrario, asistimos a la ratificación de algo ya sabido: el autor es un teólogo brillante y se luce aún más en su madurez. Todo auténtico teólogo desemboca en Jesús de Nazaret, aunque integrando la variedad de enfoques. Este libro tiene algo que decir a todos: al dogmático y al biblista, al moralista y al espiritual, al que le preocupa la hermenéutica y al ca-tequista. Pero sobre todo, tiene mucho que decir a los que queremos “ver” más de cerca a Jesús. Ahora bien, ¿qué puede aportarle a la vasta gama de escépticos? Que Jesús es figura que sigue cautivando, que la Biblia merece una aproximación respetuosa, y que también la fe robusta admite ‘logos’ –razón de la esperanza (1 Pe 3,15)–.

Se ha aclarado expresamente que este libro no es un acto magisterial, pese a lo cual sigue siendo un acto de Pedro. Y a Pedro le corresponde “confirmar a sus hermanos” en la fe (cf. Lc 22,32); y “la fe viene de la predicación” (Rm 10,17). Resulta entonces que el autor nos comparte su búsqueda, afianzando así nuestra fe. Valiéndose de su carisma, realiza una prédica masiva para que re-descubramos el atractivo de Jesús, la belleza del testimonio bíblico. Al

respecto, es interesante lo que opina un teólogo tan serio como Thomas Söding.<sup>5</sup> Para él “habrá y debe haber discusión”, pero además “se deja ver todo un nuevo estilo de papado: el vicario de Cristo en la Tierra no formula dogma alguno, sino que dice: «ésta es mi mirada como teólogo: lean críticamente y discútanla». Esto es para mí revolucionario”.<sup>6</sup>

Sirva como fin de estas líneas y comienzo de la lectura de *Jesús de Nazaret*, la simple invitación de su autor: “Sólo pido a los lectores ese adelanto de simpatía sin el cual no hay entendimiento” (JdN 22).

ANDRÉS DI CIÓ

---

PHILIP SHELDRAKE, *Cómo llevarnos bien con nuestros deseos*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2001, 142 pp.

---

**E**n esta breve obra de espiritualidad de Philip Sheldrake, titulada *Cómo llevarnos bien con nuestros deseos*, encontramos una mirada muy original de la espiritualidad cristiana. El autor, vicerrector del Sarum Collage y profesor de Espiritualidad en la Cambridge Theological Federation, ha tratado de esbozar en estas páginas lo que él mismo denomina como “espiritualidad del deseo”.

Así, poniendo el deseo como categoría eje, como clave interpre-

tativa de toda la espiritualidad, va desarrollando a lo largo del libro los aspectos que a su parecer son esenciales y se desprenden de una auténtica vivencia del deseo. Es por eso que al comenzar el libro dedica los dos primeros capítulos al reconocimiento y a la valoración del deseo como camino de encuentro con Dios y despeja toda la conflictividad escondida que se hace manifiesta al presentar los deseos ante Dios; como se desmoronan las viejas imágenes de Dios que llevábamos guardadas para reconstruir dicha imagen y caminar hacia el Dios Vivo y Verdadero.

A partir del tercer capítulo el autor propone poner en relación el deseo con otros muchos aspectos de la vida humana y cristiana; de allí que trata el deseo y la oración, el deseo y la sexualidad, el deseo y la elección y por fin el deseo y la conversión. De cada uno de estos binomios hace arriesgadas afirmaciones que dejan al lector en un auténtico planteo y frente al nuevo desafío de re-significar su propia existencia desde estas nuevas perspectivas. Así por ejemplo al afirmar que “la sexualidad es, por así decir, la piedra de toque de la integración o desintegración de la personalidad” o al vincular deseo y libertad el autor dice que “al contrario, el destino está en nuestro interior, es nuestro don específico”;

quizá más arriesgado aún es cuando al tratar la relación entre deseo y la oración dice que “ cuando el deseo es liberado en la oración, aparece otra dinámica que consiste en un movimiento gradual no sólo hacia nuestro deseo más profundo, sino además, y a través de él, hacia el deseo de Dios en nosotros”.

Por otra parte, es interesante cómo el autor ha usado como fuente de su pensamiento a grandes autores de la espiritualidad cristiana-católica como San Agustín, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Avila y otros quizá nuevos para el lector pero de gran hondura y profundidad como Juliana de Norwich, John Donne, Andrew Hudgins y otros. En cada uno de sus capítulos ha tratado de articular el hilo de su pensamiento enriqueciéndolo con la sabiduría de estos autores.

Con audacia, originalidad y renovado entusiasmo, el autor abre brecha hacia nuevos horizontes de experiencia y reflexión profunda sobre cómo aprovechar este enorme potencial que es el deseo que Dios ha dejado livianamente en nuestro corazón al crearnos. Reconociendo la intensa ambigüedad que esconde el deseo de hacerse sentir tantas veces existencialmente por medio del vacío, de la insatisfacción, de una herida que

sangra, grita y clama; y a su vez la inefable riqueza de guardar aquella imagen y semejanza más profunda que tenemos con nuestro Creador y Señor, la capacidad de amor y comunión.

Un riesgo de este libro me parece que tiene que ver con el uso de las fuentes. Parece ser una muy rápida y seleccionada interpretación de los grandes autores espirituales que podría correr el riesgo de deformar la verdadera intencionalidad y dirección de sus escritos. Sin embargo leer este libro será para cualquier persona que esté lanzada en la aventura de hacer camino en la fe un verdadero aporte y una sólida renovación para seguir avanzando hacia la meta.

JUAN ISASMENDI

---

M. I. WALLACE, *Finding God in the Singing River. Christianity, Spirit, Nature*, Minneapolis, Augsburg Fortress, 2005, 183pp.

---

**E**n el prefacio de esta obra, su autor nos dice cuál es la visión que anima al libro: “Creo que la tierra y el cielo, los seres humanos y los otros seres, todo lo que vive y crece en su debido tiempo y de acuerdo a su propia naturaleza, está latiendo con una fuerza vital verde que es sagrada,

que es eterna, que es Dios. También creo que la enseñanza bíblica central de que el Espíritu Santo es la presencia de Dios que sostiene y anima al mundo, la encarnación continua de energía divina que le da aliento y vida a todo, es una expresión extraordinariamente fecunda del poder de esta fuerza de vida en el lenguaje visionario de la fe cristiana” (ix-x). A partir de esta visión el autor explora de qué manera el cristianismo tiene la capacidad de sanar las prácticas que hoy están destruyendo el medioambiente. Esta presencia encarnada de Dios, pero no de un Dios invisible que vive en los cielos, sino de un Dios que vive en la tierra, es la presencia encarnada de Dios en todas las cosas, que está representada por el Espíritu Santo. Según Wallace la religión contemporánea, salvo en el caso de los Pentecostales, se ha convertido en una religión del Padre y del Hijo donde el Espíritu está visto como un miembro pasivo de la Trinidad, el miembro desconocido y misterioso que carece de personalidad y definición. Propone un modelo del Espíritu como el “rostro verde” de Dios y afirma que no es una persona inmaterial e irreal sino que es “la realidad terrenal (*earthly*) que figura bíblicamente como los cuatro elementos primarios, tierra, viento, agua, fuego, que

son los componentes esenciales de la vida encarnada tal como la conocemos” (9). En estos textos el Espíritu está visto como una forma de vida totalmente encarnada que engendra sanación y renovación a todo el orden biótico y abiótico.

Las fuentes para su reflexión son tres. Primero: la Biblia leída con “ojos verdes” para recuperar la originalidad inesperada de las Escrituras desde una perspectiva medioambiental. Segundo, la espiritualidad pagana, redescubriendo las raíces paganas del cristianismo para volver a creer en un Dios que está en todo pero a la vez más allá de todo, lo que se podría llamar un “animismo trascendental”. Tercero, la ecología profunda que dice que todas las cosas vivas son iguales en valor y dignidad y tienen derecho a crecer y desarrollarse, que toda la vida tiene valor en sí misma independientemente de su utilidad para la comunidad humana. En términos religiosos la ecología profunda enfatiza la sacralidad de todas las cosas vivientes en armonía y equilibrio dentro del orden natural de la creación.

En el capítulo 2, se dedica a recuperar la identidad femenina del Espíritu, intención que ya había mencionado en la introducción. Lo hace en diálogo con la filósofa Luce Irigaray y su búsqueda